

Su madre, Margarita Bimont, era también muy hermosa, y su alma muy superior á la clase en que la había tocado nacer. Una virtud angelical y la resignación que á ella es consiguiente la libertaban á la vez de la ambición y de la desesperación. Madre de siete niños, de los cuales ninguno había nacido vivo, todo su amor le había reconcentrado en aquella hija, única que se había libertado de la fatal suerte de sus hermanos. El amor de esta mujer hacía su hija era muy racional, porque manteniendo en un justo equilibrio su corazón y su inteligencia, su imaginación y su razón, la educaba como debían hacerlo todas las madres. Parecía que preveía de antemano el destino de aquella niña, porque en todo cuanto le enseñaba había cierta parte de aquella fortaleza que hace los héroes y los mártires. La naturaleza se prestaba admirablemente á ello. Esta había dotado á la niña de un entendimiento mayor que su hermosura. La belleza de sus primeros años, descrita por ella misma en sus memorias, estaba muy lejos de haber adquirido aún el carácter de energía, de melancolía y de majestad que le dieron más tarde un amor contenido, unos pensamientos varoniles y un cúmulo de desgracias.

Su estatura era regular, y su actitud modesta y decente; sus cabellos negros, y sus ojos de un azul un poco pardo, con una mirada tan viva como su alma y que pasaba con rapidez de la ternura á la energía; su boca era un poco grande, sus dientes de un esmalte brillante, su barba redonda; dando todas estas cosas á su cara ovalada aquella gracia voluptuosa y femenil, sin la cual ni aún la mayor belleza puede producir el amor. Su voz era sonora, salida del pecho, y se modulaba profundamente siguiendo los movimientos del corazón; dón precioso, porque el sonido de la voz, que es en la mujer la comunicación de sus emociones, es en el orador el vehículo de la persuasión. Bajo estos dos aspectos la naturaleza debía haberla concedido el encanto de la voz, y así lo había hecho. Tal era esta jóven á la edad de diez y ocho años, época en que aún se hallaba en la oscuridad, en la cual permaneció aún largo tiempo, como para preparar su alma al martirio y para que adquiriese más fortaleza y más generosidad.

Su entendimiento brillaba con un resplandor precoz, muy parecido á la inspiración. Esta mujer aspiraba, por decirlo así, á los conocimientos más difíciles, y lo que se enseña en su edad y á las de su sexo no era suficiente para ella. La educación varonil de los hombres tenía un gran atractivo y era como una especie de juego para aquella mujer, cuyo carácter era de hombre. Su espíritu necesitaba jugar con los instrumentos del pensamiento, como por vía de ejercicio. Religión, historia, filosofía, música, pintura, baile, ciencias exactas, química, lenguas extranjeras y sábias, todo lo aprendía, sin poder saciar su deseo de aprender más. Esta mujer iba formando su pensamiento con todas las luces que la oscura condición de su padre permitía penetrar hasta su taller. Escondía furtivamente los libros que los aprendices llevaban, y que se dejaban olvidados expresamente allí para que ella los leyese. Así llegaron á sus manos las obras de Voltaire, de Rousseau y de los filósofos ingleses. Sin embargo, su lectura favorita era el Plutarco.

«Jamás olvidaré—dice—la cuaresma de 1783, en cuya época llevaba todos los días este libro á la iglesia como si fuese un devocionario. Desde aquel momento datan las impresiones y las ideas que me hicieron republicana, sin que yo soñase siquiera entónces en el porvenir.» Después de Plutarco, Fenelon fué quien halló más simpatías en aquel corazón, y después de éste, el Tasso y los demás poetas.

El heroísmo, la virtud y el amor debían derramarse de estos tres vasos reunidos en el alma de una mujer destinada á la triple palpación de las grandes impresiones producidas por aquellas obras.

En medio del fuego de su alma, permanecía fría su razón y sin mancha su pureza. Apenas confiesa en sus escritos alguna que otra ligera emoción del corazón y de los sentidos. «Cuando leía ciertos libros—dice—detrás del biombo que tapaba la puerta de mi cuarto, en la misma sala donde vivía mi padre, mi respiración era fuerte, y sentía un ardor repentino que me subía á la cara, conociendo que si hubiese hablado en aquel momento, mi voz alterada hubiese descubierto mi agitación. En aquellos momentos era yo Eucaris para Telémaco, y Herminia para Tancredo; pero aunque enteramente transformada en ellas, no pensaba en ser nada yo misma con respecto á nadie. Nada buscaba yo á mi alrededor que se pareciese á lo que aquellas amaban, y cuanto en mí pasaba, no era más que un sueño que no dejaba en mí al despertar ninguna impresión de lo que tanto me había preocupado. Acuérdomeme, sin embargo, de haber experimentado cierta conmoción á la vista de un pintor jóven llamado Taboral, que venía con frecuencia á mi casa. Tenía éste veinte años, su voz era muy sonora, su figura interesante, y siempre que yo le hablaba se ponía encarnado como si fuese una niña. Cuando le oía hablar en el taller de mi padre, siempre se me ofrecía entrar allí á buscar un lápiz ó cualquier cosa; pero como su presencia me embarazaba tanto como agradable me era, volvía á salirme más de prisa aún de lo que había entrado, si bien latiendo mi corazón con tanta violencia y apoderándose de mí un temblor tan extraordinario, que me veía precisada á retirarme á mi cuarto para ocultar mi conmoción.»

## III

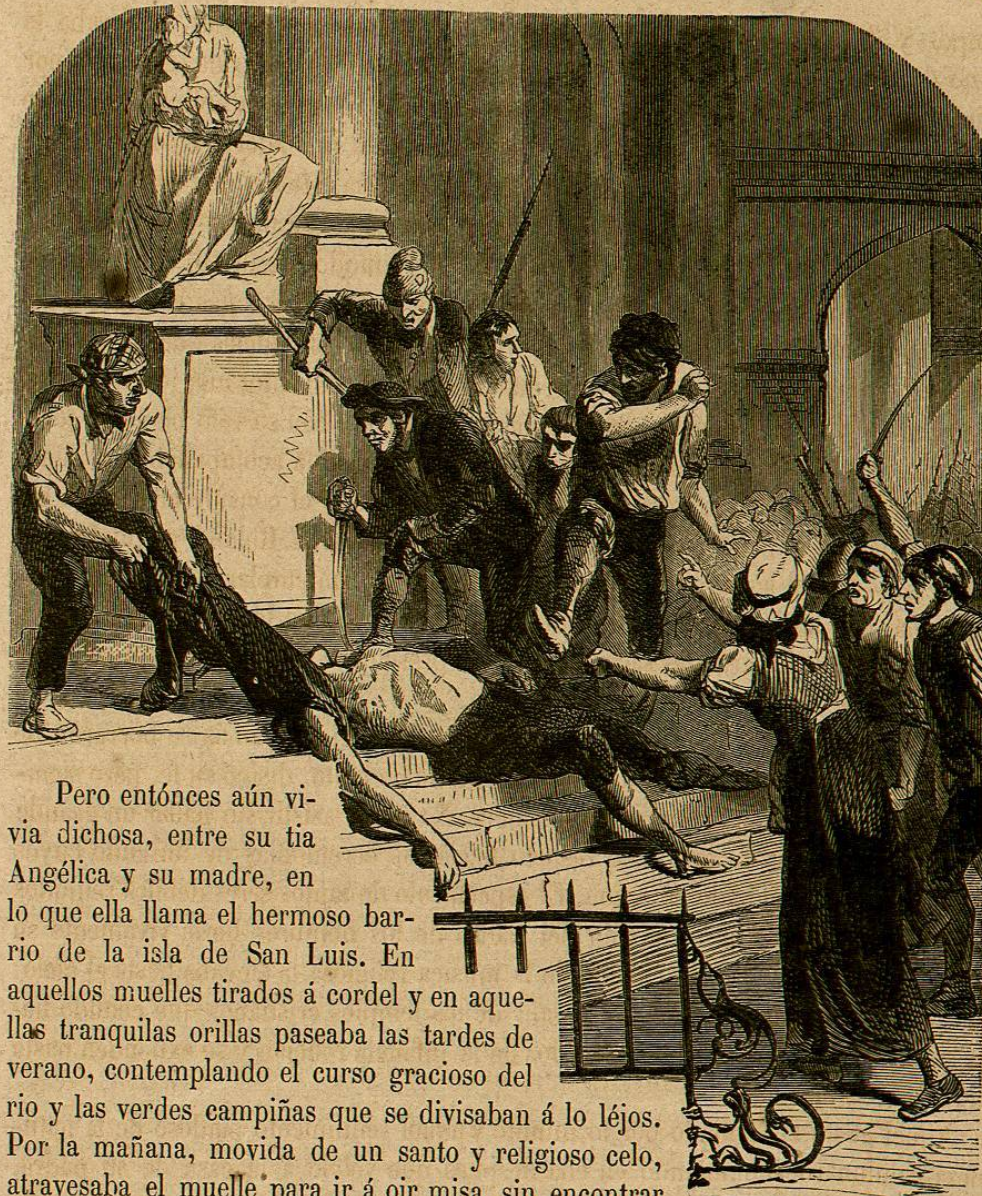
Aunque su madre era una persona muy piadosa, no había prohibido á su hija la lectura de aquellas obras. Esta mujer, llena de buen sentido y de tolerancia, quería inspirarle la religión y no mandársela, y por esto la entregaba con confianza á su razón, y no quería ni comprimir ni hacer que se agotase la savia que debía fructificar en adelante en aquel corazón. Una religión servil y no voluntaria le parecía una degradación y una esclavitud que Dios no podía aceptar como un tributo digno de él. El alma pensativa de su hija se inclinaba naturalmente hacía aquellos grandes objetos de felicidad y de desdicha eterna, y se engolfaba más profundamente que cualquiera otra en el insondable piélago de lo infinito. El sentimiento empezó á abrirse en ella por el amor á Dios. El sublime delirio de sus contemplaciones piadosas embelleció los primeros años de su adolescencia, resignó los siguientes á la filosofía, y parecía que debía reservarla para siempre de las borrascas de las pasiones. Su devoción fué ardiente y le hizo aspirar al claustro y soñar en el martirio. Entrada en un convento, se tuvo por dichosa allí un cuanto tiempo entregando su pensamiento al misticismo y su corazón á esas primeras amistades de la vida cuyo recuerdo no se borra jamás. La regularidad monótona de aquella vida iba adormeciendo dulce é insensiblemente la actividad de sus meditaciones. En las horas de recreo, en vez de ir á jugar con sus compañeras, se retiraba bajo alguno de los árboles del jardín, para leer y dar rienda suelta á su imaginación con entera libertad. Apasionada y sensible como Rousseau por la belleza de los



campos y de los prados y por el balsámico aroma de las plantas, admiraba la mano de Dios y la besaba y la bendecía en sus obras. Preparada de este modo por la impresión que había hecho en ella el aspecto de la risueña naturaleza, llenábase su alma de un gozo interior y se veía como forzada á ir á adorar en la iglesia al autor de tan encantadoras bellezas. Allí, los sonidos majestuosos del órgano acompañados de las voces melodiosas de las jóvenes esposas de Jesucristo, acababan por extasiarla y la arrancaban, por decirlo así, de este mundo engañoso, para elevarla á otro de santos y deliciosos goces. Hay en la religion católica todas las fascinaciones místicas capaces de arrebatar los sentidos, y todas las delicias que pueden satisfacer la imaginación. Durante su permanencia en el convento, una joven tomó el velo, y al ver á la postulante en la reja del coro cubierta con su velo blanco y coronada de rosas, al oír los cánticos suaves y tranquilos que la acompañaban al separarse de este mundo para tomar el vuelo hácia el cielo, y al considerar aquella belleza tapada con el paño mortuario, el corazón de madama Roland palpita con violencia, y era tal la impresión de la joven artista al contemplar aquella ceremonia tierna, que las lágrimas inundaban su rostro. Su destino le ofrecía en esta ocasión la imágen de los grandes sacrificios, y ella presentía en sí de antemano el valor heroico que se necesita para llevarlos á cabo.

El encanto y el hábito de aquellas sensaciones religiosas jamás se borraron de su alma. La filosofía, que más adelante fué su único culto, disipó su fe, pero siempre dejó vivas aquellas primeras impresiones. No podía asistir sin hallar un grande atractivo y sin tener un profundo respeto hácia las ceremonias de un culto cuyos misterios había repudiado su razón. El espectáculo de tantos seres débiles reunidos para adorar é implorar el auxilio del padre de los hombres hería vivamente su pensamiento, y la solemne armonía de la música religiosa la elevaba hasta el cielo. Siempre era más dichosa y mejor al salir de los templos cristianos que cuando había entrado, porque todos los recuerdos de la infancia reflejan y se extienden hasta sobre la vida más agitada.

Aquel gusto apasionado por lo infinito y aquel sentimiento piadoso de la naturaleza continuaron dominando en ella despues que volvió á la casa de su padre. «La situación de la casa de mis padres—dice—no es á propósito para gozar en ella de la calma solitaria del convento. Situada, sin embargo, en un terreno muy espacioso, ofrecía aún á mi vista una gran porción de objetos capaces de ocupar mi romántica imaginación. ¡Cuántas veces desde la ventana de mi cuarto, que daba al Norte, he contemplado con emoción los inmensos desiertos del cielo y su soberbia bóveda azulada, espléndidamente dibujada á lo léjos desde la salida del sol hasta su postura, en cuya hora he admirado aquella masa refulgente que se escondía á mi vista entre cortinas de púrpura detras de los árboles de los Campos Elíseos! Nunca dejaba yo de emplear algunos momentos en ver ponerse el sol de un hermoso día, y muchas veces este simple y magnífico espectáculo de la naturaleza hacía correr dulces lágrimas por mis mejillas, en tanto que mi corazón, rebosando en un sentimiento imposible de expresar, dichoso por sus latidos y lleno de reconocimiento por existir, ofrecía al Sér de los seres un homenaje puro y digno de él.» ¡Ah! Cuando ella escribía estas líneas, no veía ya sino el horizonte estrecho del cielo de Paris, y el recuerdo de aquellas brillantes tardes fué el único que iluminó como una ilusión fugitiva las paredes de su calabozo al poco tiempo de haberlas escrito.



Muerte de Lescuyer en Aviñon.  
Pág. 258.

Pero entonces aún vivía dichosa, entre su tía Angélica y su madre, en lo que ella llama el hermoso barrio de la isla de San Luis. En aquellos muelles tirados á cordel y en aquellas tranquilas orillas paseaba las tardes de verano, contemplando el curso gracioso del río y las verdes campiñas que se divisaban á lo léjos. Por la mañana, movida de un santo y religioso celo, atravesaba el muelle para ir á oír misa, sin encontrar en aquel desierto camino nada que la distrajesse de su recogimiento piadoso. Su padre, que la permitía dedicarse á los estudios sublimes y que estaba loco con los adelantos de su hija, quiso, no obstante, iniciarla en su arte haciendo que empezase á grabar. Aprendió, pues, á manejar el buril, y salió con esto como con todo lo demás que se había propuesto. La única recompensa de su trabajo eran algunos objetos de tocador, ó cualquiera otra cosa de las que tanto aprecian las jóvenes para su adorno, como un brazaletes, una sortija, ú otra cosa por el estilo. Según confiesa, estas fruslerías tenían para ella un valor inestimable.

Mas este gusto natural á su sexo y á su edad no le hacía desdeñar las ocupaciones más humildes de la casa. Despues de haber comparecido el domingo en la iglesia y en paseo, vestida con la mayor elegancia, no se ruborizaba entre semana de ir á la plaza con un vestido sencillo de percal, acompañando á su madre. Muchas veces salía también sola á comprar cualquiera otra cosa que se le hubiese olvidado á su madre, por insignificante que fuese. Aunque estas pequeñeces que



se ofrecen en todas las casas le contrariasen un poco, porque la hacian descender de la elevacion adonde la habia conducido la lectura de Plutarco, así como del cielo de sus ensueños, las desempeñaba con tanta gracia que nada se traslucía en su rostro del disgusto que semejantes ocupaciones le ocasionaban. Esta futura Eloisa del siglo XVIII, que leía las obras más sublimes, que explicaba los círculos de la esfera celeste, que sabía manejar el lápiz y el buril, y en cuya alma rodaban ya los pensamientos más atrevidos y los más apasionados sentimientos, se veía muchas veces forzada á preparar las comidas en el modesto hogar de la casa de su padre. Esta mezcla de estudios graves, de ejercicios elegantes y de faenas caseras, mandadas hacer por órden de su prudente é instruida madre, parecía destinada á prepararla desde muy temprano á las vicisitudes de su fortuna, y más tarde contribuyó mucho á que supiera sobrellevarlas con paciencia. Parecíase entónces en esto á Rousseau cuando arreglaba la leñera de madama de Warens, con la misma mano que debia escribir el *Contrato social*, ó á Philopœmen cortando leña en los bosques.

## IV

Desde la oscuridad de aquella vida retirada distinguía algunas veces el mundo superior que brillaba por cima de ella, y los fugaces relámpagos que le hacian descubrir la alta sociedad ofendian más su vista de lo que la deslumbraban. El orgullo de aquel mundo aristocrático, que la veía sin reparar en ella, agobiaba su alma. y una sociedad en que no ocupaba un rango le parecía mal organizada, ménos por un sentimiento de envidia que por el de la justicia que se sublevaba en su interior contra las distinciones del nacimiento. Los séres superiores tienen su sitio destinado por Dios en la sociedad, y todo lo que les aparta de él les parece una usurpacion. Hallan que aquélla trastorna á menudo el órden establecido por la naturaleza, y se vengan de ella mirándola con el más profundo desprecio. De aquí nace el odio del genio contra el poder. Aquél sueña en un órden de cosas en que los rangos estuviesen designados como un premio de la virtud, y se agría al ver que casi siempre se conceden al nacimiento, por un favor ciego del destino, los primeros puestos de la sociedad. Hay pocas almas grandes que no sientan al nacer los rigores de la fortuna, y que al ver que ésta no les es propicia dejen de sublevarse interiormente contra la sociedad en general. Otras hay que, movidas por miras más altas, se resignan con la humilde condición en que Dios las ha colocado. Servir humildemente al mundo es más hermoso que dominarle; pero éste es el colmo de la virtud. La religion conduce á él en un dia, la filosofia no puede hacerlo sino al cabo de una larga vida y despues de experimentar muchas desgracias, y á veces hasta la muerte. Hay dias en que el destino más apetecible del mundo es el cadalso.

Yendo un dia la jóven en compañía de su abuela á una casa de las de la alta aristocracia, de la cual sus humildes parientes no eran, por decirlo así, sino unos *libertos*, la contrarió dolorosamente el tono altanero aunque un tanto cariñoso con que á las dos las trataron. «Mi altivez —dice— se sorprendió al oír hablar de aquella manera, mi sangre hirvió con más fuerza que de ordinario, y sentí que se me subía á la cabeza. Yo no me preguntaba entónces por qué razon estaba la señora de la casa sentada en un magnífico sofá, miétras mi abuela y yo permanecíamos

en pié; pero tenia ese sentimiento que conduce á la reflexion, y vi gustosa terminarse la entrevista, con lo cual quedó aliviado mi corazon del grave peso que le oprimia.»

En otra ocasion la llevaron á pasar ocho dias á Versalles, en el palacio de aquellos reyes cuyo trono debia minar un dia. Alojada en las buhardillas, en el cuarto de una criada de una de las damas de palacio, vió de cerca aquel lujo regio que ella creía pagado por la miseria de los pueblos, y notó muy minuciosamente aquella grandeza de los reyes elevada sobre el servilismo de los cortesanos. Los tronos de los reyes, las cacerías, los paseos y demas diversiones de la corte no ofrecian á sus ojos sino toda la vanidad de tan estériles pompas. Aquellas supersticiones del poder repugnaron á un alma empapada en las filosóficas ideas de verdad, de libertad y de antigua virtud. Los oscuros nombres de los parientes que la llevaban á presenciar este espectáculo, así como los humildes trajes de que iban vestidos, eran causa de que la mirasen los cortesanos sin usar con ella la menor atencion y sin dirigirlle otras palabras que algunas que indicaban más proteccion que respeto á su sexo y á su hermosura. El sentimiento íntimo de su juventud y de su mérito físico pesaba sobre su corazon al ver que aquellos dotes pasaban desapercibidos por unos palaciegos cuyo único Dios era el favor y cuyo solo culto era la más rigorosa etiqueta. La filosofia, la altivez natural, la imaginacion y la rigidez de su alma se hallaban igualmente heridas en aquella régia mansion. «Preferia —dice— las estatuas de los jardines á los brillantes personajes que veía en palacio.» Preguntándole su madre si se divertía y si estaba contenta de haber hecho aquel viaje, le respondió: «Estoy contenta, con tal que nos marchemos pronto; porque si permanecemos aquí unos dias más, aborreceré tanto á estas gentes, que no sabré ya qué hacer del odio que me inspiran». «¿Pues qué mal te han hecho?» —le contestó su madre. «Me hacen conocer lo injustos que son, y reparar en cuán absurdo es todo lo que estoy viendo.» Al ver aquel esplendor del despotismo de Luis XVI y la gran corrupcion de su corte, no hacía sino pensar en Atenas, sin acordarse de la muerte de Sócrates, del destierro de Aristides, ni de la sentencia de Focion. «No preveía —dice amargamente al hablar de esto— que el destino me reservase para ser testigo presencial de unos crímenes parecidos á aquellos de que fueron víctimas unos hombres tan grandes, y á participar de la gloria de sus martirios, despues de haber profesado sus principios.»

De este modo la imaginacion, el carácter y los estudios de aquella mujer la preparaban sin que ella lo supiese á ser una ardiente republicana. Sólo la religion, tan poderosa entónces sobre ella, hubiera podido contenerla en aquella resignacion heroica que somete el pensamiento á las órdenes de Dios. Pero la filosofia vino á ser su fe, y esta filosofia formó parte de su política. La emancipacion de los pueblos se unió estrechamente en su pensamiento á la emancipacion de las ideas. Ella creyó trabajar en favor de la humanidad contribuyendo á derribar los tronos, y servir á Dios al mismo tiempo que trabajaba por derribar sus altares. Tal es la confesion ingenua que hace ella misma del cambio repentino que hubo en sus ideas.

## V

Esta interesante jóven tenia numerosos pretendientes á su mano. Su padre quería casarla sin salir de su clase, porque apreciaba sobremanera el comercio mirán-